

## MADRID, 24 de septiembre de 1900

—Una medalla al valor con distintivo rojo... Otra medalla de sufrimientos por la patria... ¡Una segunda cruz al valor con distintivo rojo! ¡Y pensionada! “Por los hechos de armas acaecidos durante el sitio de Tayabas” —leyó el capitán, reclinándose contra la mesa y acercando el expediente a los ojos. Se ajustó los lentes sobre su nariz aguileña—. Tayabas, eso cae por Cuba, ¿no es cierto?

—Está en Filipinas, mi capitán, en la isla de Luzón —explicó el teniente Mediano, con paciencia. Ante aquella oscura oficina del Ministerio de la Guerra, había esperado su turno durante más de una hora; pero él sabía esperar. Si no supiese, estaría muerto desde mucho tiempo atrás. Se contuvo para no arrancar la carpeta que resumía su vida de las pálidas manos de aquel capitán, cuya mirada revelaba que nunca había experimentado el horror ni la guerra.

—¡Claro, claro! Todo está en orden —el superior estampó un sello y firmó con un ademán entre ausente y aburrido— La semana que viene le impondrá las medallas el general Fernando Primo de Rivera. Una ceremonia sencilla, ¿sabe? Invite sólo a sus familiares más cercanos. Sin periódicos, una guerra perdida no es popular, y aquí todos prefieren olvidarla.

El capitán entregó una hoja al escribiente que tenía a su izquierda, devolvió la carpeta a Mediano y tomó un nuevo fajo de papeles:

—¡El siguiente!

Mediano saludó y se retiró con el rostro congestionado por la ira. Aquel lechuguino de grado superior le había humillado con su indiferencia burocrática. ¿Dónde está Tayabas? ¿Es posible que alguien no lo sepa? Y le impondrían las medallas en la clandestinidad, como si bordear la muerte mientras se es traicionado fuese algo vergonzoso. Le concedían un devaluado reconocimiento de oropel, para que guardara silencio; así no molestaría a quienes le habían ordenado morir y luego lo habían abandonado a su suerte.

—¡Teniente! —le llamó el capitán cuando ya cruzaba el umbral de la puerta.

—¿Sí, mi capitán?

—No olvide comprar sus medallas para que el general se las imponga.

—¿Qué me dice usted?

—El Ministerio se las concede, pero no se las regala. Usted debe comprarlas. Le recomiendo una tienda en la calle Mayor que...

—¡Cómo! ¿Debo pagar por mis medallas?

El capitán trató de disimular un bostezo y miró su reloj de bolsillo. Si seguía entreteniéndose tanto, no podría salir a—tiempo para jugar su partida diaria de mus en la taberna. Intentó abreviar.

—Teniente... —echó una mirada al encabezamiento del oficio recién archivado para recordar el nombre—Teniente Mediano, el reglamento, si lo ha olvidado, dice...

—¿Debo pagar por lo que pasé en la persecución de Guinjalinan, en el asedio de Tayabas, en los calabozos del río Dago? —el teniente cruzó la oficina en dos zancadas y agarró al capitán por las solapas, levantándolo en el aire con rabia incontenible.

—¿Cómo se atreve a tratar así a un superior? ¡Suélteme! —chilló el capitán.

—¿Dónde se escondía usted durante la guerra? ¿Detrás de este escritorio, acumulando méritos y tiempo para ascender, mendigando amistades entre sus superiores? ¿Detrás de este escritorio, enviando a morir a los pobres muchachos que no conseguían las dos mil pesetas necesarias para redimirse del servicio militar?

—¡Que venga la guardia! ¡Se ha vuelto loco!

El teniente, con un gesto de desprecio, soltó al capitán, que se desplomó sobre la silla.

—¡No quiero las medallas! ¡Ni quiero pertenecer a su ejército! Me avergüenzo de vestir el mismo uniforme que usted. ¿Me oye?

—¡A mí qué me importa! —le respondió el capitán, humillado pero más seguro de sí mismo, al darse cuenta de que no iba a causarle ningún daño aquel teniente de ojos azules en los que se leían sufrimientos inconcebibles—No compre sus medallas, solicite la baja del ejército, tírese por un puente... ¿A quién cree que le importará? Ya les hemos olvidado hace mucho y no queremos acordarnos más de ustedes.

El teniente Mediano salió del despacho dando un portazo. El capitán recogió sus lentes, que se habían caído al suelo, reordenó los papeles de su mesa, miró de nuevo su reloj de bolsillo y suspiró. Iba a llegar tarde a la partida de mus.

—¡El siguiente!

Mediano salió del Ministerio de la Guerra caminando con los largos pero silenciosos pasos de quien está acostumbrado a recorrer la jungla, sea persiguiendo, sea huyendo de enemigos mortales. Murmuraba entre dientes: —¿Dónde está Tayabas? ¿Y el río Dago? ¿Y Guinjalinan? ¿Eso cae por Filipinas o tal vez son los suburbios del infierno? ¡Qué fácilmente se han deshecho de nosotros!

Tomó una decisión dramática: se arrancó del uniforme los distintivos de teniente, que tanto tiempo le había costado conseguir, desde que a los dieciocho años se alistase como soldado raso en los carabineros. En plena calle, sacó de su carpeta las menciones recibidas, su expediente de servicio en el ejército y los retratos que plasmaban el transcurso de la juventud a la madurez. Sólo guardó una foto, en la que aparecía con cinco amigos. Martín, el más joven, mostraba un cartel que decía “Al salir del cautiverio”. Aquellos eran los oficiales supervivientes de Tayabas, junto con un soldado anarquista y rebelde, que fumaba un puro con gesto de insolencia. En el centro, se vio a sí mismo con una larga barba, como de náufrago: al caer prisionero, había jurado que no se afeitaría hasta ser libre.

Prendió una cerilla y dio fuego al pequeño montón que simbolizaba sus antiguos ideales. Papeles y galones ardieron ante la indiferencia de los transeúntes: los soldados desesperados y enloquecidos no resultaban ninguna novedad en el Madrid posterior al Desastre. Mariano Mediano murmuraba para sí:

—¿Quieren olvidarnos? ¡Muy bien! ¡Nunca más hablaré de lo que pasó, del amor, las aventuras y las traiciones que presencié! No molestaré a quienes nos abandonaron. Silencio, Mariano: guarda silencio para que todos puedan olvidar y fingir que no ha ocurrido nada. Pero, por mucho que lo intente, maldita sea, yo nunca dejaré de recordarlo.